

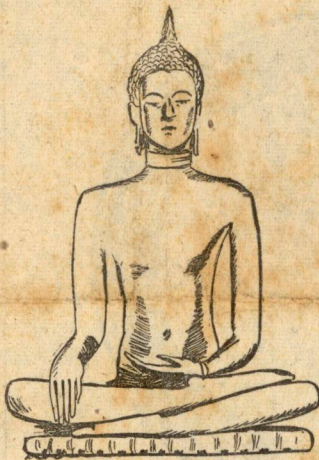
En Busca de Algo Perdido

por Sebastián Salazar Bondy

¿Es la obra de arte un adorno, un objeto para el goce sensorial, una pieza original para ser coleccionada? A esto, por lo menos, es a lo que parece que las creaciones artísticas han sido condenadas en nuestro tiempo, en el cual en general el artista existe y trabaja empeñado, por sobre todo, en obtener un éxito de crítica, de venta, de concurso. Tal preocupación, sin duda, que preside la inspiración, se transmite a la obra y está presente en ella. Se trata de una servidumbre, de una traición. No siempre fue así, y esto es lo que precisamente da a muchas creaciones artísticas de la antigüedad y a la casi totalidad de las de los pueblos primitivos ese aliento superior, esa grandeza que se identifica como calidad absoluta. André Malraux, desde hace muchos años entregado a la meditación estética, encuentra que en esta época lo que está ausente del cuadro y la escultura es ese otro mundo vinculado a la verdad suprema que alcanza al espectador en las realizaciones del artista del pasado.

¿Qué verdad suprema es ésta? Las culturas elementales, iniciales, hasta ahistóricas han poseído, y poseen, un poder de creación que incluye en los objetos estéticos cierto misterio innegable, sentimiento potente de la belleza que no se oculta y que, más bien, requiere y arrebató. Con ellos el hombre se acerca y enajena lo sagrado. Hacer visibles a los dioses, es decir, expresar lo inefable, mueve la mano del creador auroral, del que aspira a un diálogo directo y eficaz con las energías superiores que gobiernan el universo. El arte así no tiene nada que ver con

la exquisitez del coleccionista, con los intereses del decorador, con los propósitos halagadores del "marchand". Aquello es otra cosa. Una pieza egipcia, una estatuilla japonesa, un cristo colonial, etc., intentan captar lo sobrenatural, lo intemporal. He allí la verdad que se rehuye o se niega en el arte



de muchos de nuestros contemporáneos, quizá de la mayoría.

Para Malraux los griegos son los primeros en escamotear este sentido último, metafísico, de la obra de arte, vehículo de una comunicación temeraria, pues convierten al artista de un fabricante de dioses en un fabricante de esculturas. Se impone la apariencia, y a ella entregan su entusiasmo los helenos. Más tarde, sobrepasada la era romana —impregnada de realismo—, sobreviene el arte cristiano, románico y gótico, que restituye al artista su condición de conducto de lo sagrado, pues inventa formas que tienden a hacer visible lo in-

visible. En adelante, con el Renacimiento, aquel misterio no dejará de estar en la pintura, en las artes plásticas en general, aunque busque reproducir la apariencia del mundo real, su faz inmediata. Aquí se está en un término medio, en un terreno peligroso y deleznable. La tesis de Malraux se detiene, pues habrá de resolver el conflicto en su segunda parte, aún en preparación.

Pero cabe, conocidos los supuestos, imaginar la continuación. En cierta línea, el arte de todos los tiempos, aun el griego, posee ese ingrediente sacro, y en el presente tampoco es ajeno a la obra de los artistas más calificados. El individualismo, es verdad, ha determinado la pérdida de la fe, el auge mercantilista, el debilitamiento de las esperanzas puestas antaño en el propio arte como asiento del espíritu, y ello es la razón de que en una alta proporción muchos pintores y escultores estén entregados a la competencia, a la cual sacrifican su ideal. Pero, de otra parte, una reacción se adivina en los mejores, en los que se resisten a caer en esta feria o mercado de halagos. Precisamente a ellos se debe, en gran parte, esa revisión del arte primitivo a la que Malraux ha dado consistencia teórica en su "La Metamorfosis de los Dioses", esa conciencia que advierte en un pantocrator bizantino, en un huaco mochica, en una imagen románica, en cualquier objeto vibrante del pasado la presencia de algo que está ausente de la mayoría de las cosas que nos rodean como formas artísticas. El futuro es incierto, pero podemos intuirlo, y eso es lo que el escritor francés nos promete.